

JOSÉ LUIS MOYA PALACIOS

AVES NÓMADAS DEL VIENTO



**POEMARIO
JUNIO 2002**



Colección Poemas de Luna

© JOSÉ LUIS MOYA PALACIOS

Fotos: José Luis Moya Palacios

Poemas: José Luis Moya Palacios

Prohibida toda reproducción de fotos o texto sin permiso del autor.

PORTADA

“Aves nómadas del viento” es un poemario escrito a lo largo de los meses de junio y julio del 2002, entre Salamanca y la Manga del Mar Menor, mientras aguardaba ese tiempo de las aves migratorias que conducen al invierno del tiempo y de la vida.

Cada noche me levanté con sigilo para dejar sobre el papel sentimientos y palabras, mientras *“Aves nómadas del viento”* descorrían las esquinas del amanecer.

Cuando llegaba la luz, encendía hogueras de recuerdos, remaba horas antiguas del corazón y abría el balcón de mi ventana para abrazar el mar.

Hoy, bajo el cielo lento, amontono espigas maduras. Los pies arrastran raíces de un tiempo hecho de arena. Lilas blancas rozan la piel trazando poemas en los labios. Suceden luego las cosas de la vida y los sueños. Un gesto. Un ayer perdido nos mira en una estatua. Escribo.

Agostadas amapolas soportan los grillos. Un sillón de mimbre, un libro y una parra, son mi compañía. Túnicas de luz hiriente queman los girasoles. Vaso de sueños. Cristal de hielo y limón. Cerrados los ojos, la niñez transita por mi orilla. Aún sobra verano para tantas bicicletas. El horizonte del alma mendiga sentimientos amarillos. Corre el ayer junto al camino del hoy, y no hay pisadas de regreso. Dentro, grita un mar inmóvil de nostalgias. Y el tiempo nos empuja a la linde de rastros. Sabe el limón a penas, a un pasado que no vuelve, a la inocencia de niño, a todos los besos tiernos de una madre. La soledad de nuevo, conduce a las rutas de la vida, a la realidad de una tarde clavada en el corazón del mes de julio.

Emigra la mirada a los colores de las rosas. Paso la página de un libro. Sacuden las palmeras su abanico vegetal mientras golondrinas cantan la alegría de vivir. Sobre el corazón de las dalias rozan mariposas. Lentamente, en las manos quietas, se descalza el silencio. Susurros de pensamientos escondidos. Una campana siembra tañidos largos y los suspiros son naufragio

del aire. Asciende la marea y se blanquea el cielo de nubes. Rueda la tierra y la vida. La paz habita los escaños de mi casa. Y se marcha el tiempo...

Cuando del reloj hayan partido las horas, me prepararé para el viaje del mar junto a los últimos pájaros. En el vértice del día clavaré un adiós como señal de ancla, y la soledad de peregrino en la proa de mi barco. Miradas, marchitas de árboles quemados vagarán por la arena deshilachando el tiempo en las olas que barajan los destinos.

Sobre pasos lentos de campanas, partiré almendras amargas, y agitaré pañuelos cuando el alba me reclame. Desnudo de noche encenderé una canción al final de las pupilas, cuando me vista la muerte. Dejaré este tiempo empedrado de horas difuntas, para atravesar con pisadas el camino de la luna. Cuando sobre la ciudad lloren los niños, cuando se congele el cauce del agua, sabré qué esconde el cielo al otro lado del mar. Luego, partiré en silencio, con en el rumbo de las *"Aves nómadas del viento"*.

A handwritten signature in black ink, reading "José Luis Moya P.", with a large, stylized flourish underneath.

José Luis Moya P.
Mar Menor: Julio del 2002

POEMARIO

Aves migratorias. Inesperada caricia del aire. Navego tardes claras de mar y tulipanes. Gaviotas nómadas del viento... Pronuncio tu nombre y el beso queda en el sabor de los labios contra el cielo. A las caracolas llegó la primavera hace tiempo. De la bahía se marcharon ya los barcos. Solos tú y yo, en la vida y en la arena. Escucho la canción de tus ojos. Esas flores... Ese lazo de tu túnica blanca... Déjame remar un paraíso en tu vientre, con incendios de azahar y margaritas. Sobre los perfiles azules de la tarde, dejaré los poemas como ofrenda, mientras pasan las aves migratorias,.. mientras sobrevuelan mareas las gaviotas nómadas del viento.

Hasta la mañana he llegado con mis descoloridas acuarelas. El día está gris de cobalto. Y llueve sobre los musgos. Mis tristezas gimen nostalgias al borde de todo lo vivido. Y no hay playas para soñar, más allá de los cristales.

Atrás quedan las semillas, en la inocencia de otras luces. Miradas al sol. Descoloridas acuarelas. Llueve hoy sobre los musgos, al borde de todo lo vivido. Un patio de estrellas. Ir. Venir. Sembrar canciones y pisadas. Callada entrega en la palabra, mil playas que soñar en la espera lenta de espigas. Sentir la vida en otras manos mientras crecen los álamos desnudos. Resbalan de otoño las campanas sobre el sabor de los membrillos. En rosales blancos crece el tiempo. Vacías tu vida y el ayer de tanta entrega, besando arenas de otras latitudes. Hoy el rumbo tiene nuevos mapas y los sueños siempre viajan en el corazón de las gaviotas.

Una noche. Una voz. Un poema. La soledad de un hombre y el silencio todo dentro, como el agua de la mar. Ha muerto la luz en las cuencas de los ojos. Se va matando la vida de penumbras. En los labios quedan secas las palabras. Atraviesan el alba pájaros negros con hambre de singladuras. Hay una señal de muerte en la historia triste de los árboles sin hojas.

Luz descarriada en el río de la noche. Amanecer que llega lento. Tu piel desnuda y las sábanas calientes. Desenterré el amor en una colmena de avispas. Me sostienen otros besos las tardes de ternuras, en los pétalos ocultos, en las manos que se tienden. A solas camino mendigando besos las noches de otros arrabales.

Para no saberte, escondó la cabeza bajo la almohada. Se fueron los tiempos de la luna en el camino de los trigos. Quedan sólo días de lluvia y amapolas, cabelleras de aire desveladas. Huyó de mí, de ti, de nada. Río de gritos, arpones y vinagre. Intento nacer de nuevo en otras estaciones, en los ojos de palomas asustadas. En la sangre viaja el dolor de mis zapatos. Esquinas de noche para morir. Frutas podridas. Fosa amarga de silencios.

Una noche asfixia tus besos en sudores de oscuridad. Estoy solo junto a tus senos, desnudo de deseos, repasando un álbum de fotos con los ojos cerrados. Dentro queman cicatrices. Sangra rebelde el tiempo no vivido. Llagas me quedan de cansancio, mientras de muerte me abraza la verde soledad del mar.

Recuerdos en mi boca, en el corazón de las salivas, en el sueño de las grosellas. Amor desenterrado de nardos, tú y yo en la piel desnuda. La noche viaja en nuestros ojos, el perfume de las lilas en tu pelo. Somos grito y locura en el roce de las manos. En el sabor de la sal te reconozco, en la ternura cálida de tus caricias. Abraza de susurros largos este mi corazón sin ti vacío.

Te recito susurros que me invento a cada rato. Acaricio tu espalda soñando rosas amarillas. Tu cuerpo está callado, aferrado a los mensajes del silencio y a todas las cosas que no hablamos. Un álbum de acuarelas regresa desde ayer. Hoy tú no estás y yo te sueño en los secretos.

Sólo soy recuerdo, abrazo último de adiós. Yo te sé en la distancia, en las espigas, en el roce los labios, en el blanco de las rosas. Tú me faltas en la orilla, en esta soledad de río, en el silencio de todas mis mañanas.

Echo de menos tu ternura donde reposa la piel de mi cansancio. El corazón te aguarda en las edades del último viaje. Dejo besos para tus ojos, en los remos del tiempo. En las frutas guardas tus perfumes sobre la seda de melocotones maduros. Estoy triste. Sólo vivo de recuerdos, de esa humedad de agua que te quema. El oleaje de tus senos está en mis deseos, en el silencio de las mareas, en los besos que navegan mi boca. Rózame sólo de ternuras con la palma de tus manos. Ya no sé cuál es mi infierno, si la vida nos tiene separados.

Habitación a oscuras. Toda la soledad de la noche está en un vaso de aguardiente. Masticando la lluvia sé que el mar se pliega dentro. El humo de un cigarro recrea tu cabellera que asciende hasta mis ojos. Una llama de silencio brama a tu espalda. Aquí estoy sobre el olvido, derrotado sin tus besos.

Oxidado está tu corazón en el asfalto de la noche. Las manos no me convocan al calor de tus senos. Busco una reconciliación con la locura de tu cuerpo. Palpítame de besos antes que amanezca el sol. Sintamos las manos juntas en la oscuridad de la noche. No me dejes solo entre las horas, perdido para siempre.

La tarde se acuesta. Voy quedándome solo de este desgarró de tí, de la urgencia de tu piel, de los silencios de tu mirada. La casa está vacía de abrazos, moribunda la nostalgia, al final de las horas desnudas. Me desangro de soledad en el sitio justo que el aire me deja, a este lado de la ciudad dormida.

En las cicatrices que me quedan pongo el bálsamo del tiempo. Arde una vela al final de un pasillo. El aire se agobia con tañidos de campanas. Sobre girasoles inútiles se arrastra cansada la luna. Pájaros negros picotean las rosas. Con mis ojos sigo la raya de la vida hasta el último crepúsculo. El mar es itinerario de preguntas. Brasas, tiempo de cenizas...Y los besos lavados por el otoño y la lluvia...

Se ha extinguido la voz y la sonrisa. El día sabe a tierra recién movida. Los amores se marchan con el vuelo de las cigüeñas. Se olvidan las canciones antes que nazca el trébol. Gritan el silencio del mundo las cicatrices de los árboles. Morimos viajeros en ese dolor sin prisa que enfebrecen las salivas, en ese viento sin brújula que se oculta en las paredes. Insoportablemente, al marcharse tu voz, la vida me duele dentro.

Un gesto. Un ayer perdido. Nos mira una estatua. Escribo. Me hablas sin palabras y te sueño en un campo de tulipanes. Nos necesitan las manos a gritos, mientras la tarde chorrea de amarillos. Tú, sobrenadas de paz los rastros. Y yo aquí, solo, como hora antigua, inútil, cansado, rendido contra la pared.

Te amo más allá de las cortinas de la vida, de los giros de la luz con la que sumo el tiempo. La infancia se ha perdido en las horas de sonrisas. Tras la ventana sobrevivo al recuerdo de los lutos, a las cicatrices en la piel, a la muerte de girasoles. Atravesando las edades búscame en las sombras, desnudo, bajo las hojas oscuras de los árboles.

Una procesión de sueños cruza mis latidos. Me quedo con la brisa, abrazado a tu cintura. Y te pienso en el amor que ayer tu misma enterraste. El silencio se hace insoportable en mitad de los árboles. Vivo el día, en la oscuridad acristalada de mis ojos. No queda paz en el remanso del río. El corazón no cree ya en Dios ni en los diablos. Respira una lámpara la última mancha de aceite. La muerte fermenta la vida, más allá de los párpados cerrados. Trenes vacíos de tiempo y auroras nos acercan a otra orilla. Y en las manos sólo el mar...y el llanto hasta la madrugada.

La tarde está quieta en las encinas. Con pasos lentos juegan las sombras a esconderse. Peina el aire las simientes amarillas susurrándole secretos. Contigo en los deseos saben las horas a bálagos, a mar y canciones lentas. Pétalos de agua en las manos, lágrimas en los ojos. Escarbo los recuerdos de

bruces sobre la tierra. ¿Dónde estás? ¿Dónde habita tu mirada? La sal cubre las piedras...Y tengo los pies mojados...y el alma en un portillo de abandonos.

Baño mis ojos en las nieblas de la luna, tendido sobre la hierba del mundo. Estás ahí, entre mis manos, me tienes en los sueños, flotando en las ojeras de tus lagos. Tras los besos han crecido las moreras. Caminamos juntos tú y yo hacia otra madrugada de carmines, tatuando en el cielo el humo. El olor a tierra recién regada, despierta los gallos del alba. Las campanas convocan los sueños tras las horas de murciélagos.

Aún llevo sobre la piel tus caricias de agua. Voy cosido a tu sombra como la noche al alba. Léeme las palmas de las manos, traza en mi tu itinerario de besos, estréchame de lunas hasta tu sangre. Te tengo. Me dejas. Te marchas. Eres como un dolor sin sitio. Siento aún tu sonrisa, prendida en el cofre de un grito. Sé que me andas buscando por donde yo no he ido. Si me dejas, quedaré en tu cuerpo tibio todos los días de niebla, hasta que pase el otoño, hasta que llegue el mes de abril.

La tarde es gris. Todo habla de silencios. Junto, una a una, las palabras para sembrarlas al viento. Desde el alba hasta el cansancio, la vida está señalada en el corazón del tiempo. Se trepa a los años por los días, buscando amores y esperanzas. Sólo somos un grito, y en las tardes, nadie escucha nuestra voz. Llega el sol, pasa la lluvia y año tras año, nos dejan las túnicas de los árboles. Por los ríos nos acercamos al mar, al principio, al eterno retorno del comienzo. Las pupilas se dilatan de vida cuando la sal nos besa los ojos y las tardes se pueblan de centenos.

He pasado por tu calle y he leído dónde habitas. El césped estaba regado, la noche sabía a buganvillas. Paredes de blancas cales me condujeron al mar. El agua retrataba terciopelos de luna. Te pensé en los labios de la arena, en la marea lenta de sales, en el silencio largo de la piel del agua. Lejos, escarbaban el mar y la noche barcos solitarios como luciérnagas de luz. Pronuncié tu nombre para besarlo dentro, y lo acuné en la oscuridad con mi silencio. Por cansados ríos inventados, regresé a mi casa sin balcones, a mi soledad de siempre, a mis quimeras. Era el amanecer y aún estabas en mis ojos...

Momentos azules de la tarde. Vuelos de silencio en el corazón de los pinos. Toda la luz en los ojos y el tiempo de amor como clavel en tu pelo. Se arraciman las sombras por el recodo del río. Lenta se entra la noche con pasos cansados. El cielo viste túnicas naranjas y la paz se hace viajera en el cuenco de las manos. Otro día, otro adiós, los sueños, otra espera. En las cicatrices de la oscuridad nos refugiamos, mientras nace la esperanza de otro tiempo de regreso.

Una guitarra canta a las espigas en el calor de la siesta. El horizonte suda resplandor de asfalto. Un sillón de mimbre, un libro y una parra, son mi compañía. Agostadas amapolas soportan los grillos. Túnicas de luz hiriente queman los girasoles. Un vaso de sueños, cristal de hielo y limón. Cerrados los ojos, la niñez llega a mi orilla. El horizonte del alma mendiga sentimientos amarillos. Corre el ayer junto al camino del hoy, y no hay pisadas de regreso. Bajo la sombra, adormecido, mis párpados están cerrados. Dentro, el ayer grita un mar inmóvil de nostalgias. Y el tiempo nos empuja a la linde de rastros. Sabe el limón a penas, a un pasado que no vuelve, a la inocencia de niño, y a besos tiernos de madre. La soledad de nuevo, conduce a las rutas de la vida, a la realidad de una tarde clavada en el corazón del mes de julio.

Emigra la mirada a los colores de las rosas. Sobre el corazón de las dalias rozan mariposas besos amarillos. Tintinea el viento caracolas colgadas en mi puerta, mientras los pájaros tejen un cielo de notas negras en cañamazos de viento. Paso la página de un libro. Sacuden las palmeras su abanico vegetal mientras golondrinas cantan la alegría de vivir. Lentamente bebo las miradas en un vaso de aguardiente. Brota el silencio. Susurros de pensamientos escondidos. Amanece la mañana entre los párpados mirando el mar. Una campana siembra tañidos largos y los suspiros son naufragio del aire. Asciende la marea y se blanquea el cielo de nubes. En las manos quietas se descalza el silencio. Rueda la tierra y la vida. La paz habita los escaños de mi casa.

Hablan las ciudades silencios desde sus torres lejanas. Calla el río en la paz de sus meandros. Se desliza la tarde hacia el fin del mundo. Y la noche llega sin gritos. Un sable de carmines escinde el horizonte de tiempos y crepúsculos. Envejece el cielo de repente. Surgen grietas a la oscuridad. Una constelación de paz y de luceros, bebe del agua en el remanso del río. Estoy solo en medio de la noche, de la oscuridad y los murciélagos. A tientas, el río de la vida me conduce al mar entre los árboles. Soy náufrago en el sueño febril de los párpados cerrados, en el idioma solitario que empuja la corriente.

Cansado de remar, sobre la playa estoy rezando un último adiós de despedidas. Viajarás conmigo en los trenes del mundo y las ciudades sabrán tu nombre. Cantarás a la vida tus sueños de agua, mientras el cielo se desviste de auroras. Mis palabras serán tus caricias de ancla, y poemas pintaré en tus ojos las tardes de abril. Barco y viento, gaviotas sin destino, campo desierto de mariposas. Te llevo en mi corazón repleto de quimeras y corales. En la memoria de la piel, los besos, y el paisaje de tus ojos en el horizonte del mar.

Discurre lento el río por los sarcófagos del tiempo. Sentado en sus orillas la hierba me acerca a la niñez en las hojas del trébol... y aquella tarde de tornasoles verdes, tendido al sol con los brazos en cruz... y tantas noches buscando mi lucero en la inocencia de los besos de madre, en el sabor de los membrillos..... y aquel mercado de olores, los martes por la tarde sin escuela... Y los grillos, y los trigales abiertos de par en par al color de las amapolas.....

toda la infancia en un ramo de azucenas, en un beso azul de noche. Hoy las colonias me saben a domingo, a heno las mañanas, y a vuelo de arricángeles... Mil sueños de inocencia cruzan a diario el puente de la vida, en cualquier estación del mundo... Aún quedan latidos de infancia en los ojos, y aquellos sueños de ayer, en un pueblo de Castilla...

Las horas frágiles ruedan sobre la noche. Un pilón, una cornisa. Bebe una enredadera el agua del amanecer. En el pueblo de blancas cales habita la paz del mundo. Duerme aún la vida en la playa y el mar. Sueño la calma de las barcas en los espejos del agua. Por los muros y palmeras, trepa la luz, se estira el día en colores de arco iris. Versos llueve la mañana en la claridad de mis folios blancos. Se esconde lenta la última estrella cuando llora rocíos la hierba. Visten ausencias los ojos, en el color de los maíces. Viaja el pensamiento a las heridas, a las ilusiones tardías. Soy realidad y memoria de camino, corteza desprendida de abedul dolido. Las palabras navegan por los ríos de la infancia, felices, en el cauce del recuerdo. Tejo deseos en los libros y escribo canciones de silencio para ti. Cuando muera, sobre el esplendor de la hierba, tú sabrás que yo te quise en los colores del mar, en el santuario de todos los silencios.

Horas de junio. Juncos de fango. Aguas muertas en los márgenes. Noche sin estrellas, en esquinas desiertas de mundo. Camino con pisadas de nadie a la sombra de tulipanes rotos. Una prisión es esta casa en lutos. Ojos ciegos. El mar hace viaje con la soledad de las gaviotas. Devora el corazón un hambre de vida con nostalgia. Quiero hacer en tu escote una cenefa de besos. Sólo consigo acallar sentimientos en los vértices de la orfandad. La noche está sin lunas. En singladuras y ocasos voy muriendo. Las palabra son espigas adheridas al papel de unos pocos folios blancos. Me refugio en desván, a solas, con las paredes y la ternura de un saxo.

Amanece por fin la luz tras esta noche de almendras amargas. Sangra el día en los colores, en el borde de este vaso de aguardientes consumidos. Estoy en el peor tiempo del humo, en las grietas que agarran los días. Contra ti busco cobijo en el valle de tu dicha.

Vuelvo a ti agua de mar, mi soledad vacía de narcisos, fuente sin márgenes, alma llena de nadie. Sigo buscando la infancia en las pisadas de los hombres, en las puestas de sol sobre otras tierras. Grita el corazón en la penumbra, atrapado entre las redes. El interior hueco de vacíos tiritita nostalgias en esta tela de araña. De la vida no se puede huir, ni tampoco de las heridas. Desiertas están las estaciones, del hambre de otros trenes. Inmóvil permanezco en el destino, como el césped pisoteado de las tumbas. En los ojos, las lágrimas de un niño. Pensativo frente al cielo me pesa la soledad en los bolsillos. Agua de mar. Sal en los labios. En la arena y en la espuma, muere siempre el dolor del mundo.

Esperaré la noche para beber la última estrella desprendida. Abrazaré el tallo de las nubes, para conocer el contorno de los sueños. Me convoca la vida en el camino de tus ojos, la ternura en el cuenco de las manos. Una procesión de nostalgias atraviesa la noche, mientras mi singladura es el mar y los deseos. Existo en las tardes, en las hojas pintadas de rojo y amarillo. Sólo un perro es mi compañía y el último eco de campanas yertas. Te recuerdo en el viaje de mis palmas, en los silencios largos del verano, en el mundo amanecido cada tarde. Sé que huyo de mi vida por tu vida, en busca de nuevas estaciones. Tu desnudez es ventana en mis aljibes, agua fresca y tranquila en el alma de los cántaros. Tu nombre, pedestal de mármol sobre mi corazón vacío de besos y ternuras.

Horizontal de latitudes abiertas. Timón de nieblas, explosión verde de praderas. Atraviesas de parte a parte, en tu alfabeto de vértigos, las horas del mundo. Espuma de gaviotas lánguidas. En el cofre de tus entrañas mueren islas, vidas y tesoros. Mar de brazos en cruz. En acantilados de vértices negros pones odios, ternura de luces amarillas en desiertas playas. Sobre tu piel una resurrección de espuma roza los labios. Selvas de primavera son los peces en el timón del frío. Hondo cauce. Miedo de barco solitario. Desplegadas banderas de soledad. En los gritos de los naufragos se guardan las historias. Esta noche, toda la soledad del mar, en mi mundo permanece prisionera.

Cuando del reloj hayan partido las horas, junto a los últimos pájaros, me prepararé para el viaje del mar. En el vértice del día clavaré un adiós como señal de ancla, y la soledad de peregrino en la proa de mi barco. Miradas, marchitas de árboles quemados vagará por la arena deshilachando el tiempo en las olas que barajan los destinos. Sobre pasos lentos de campanas, partiré almendras amargas, y agitaré pañuelos cuando el alba me reclame. Desnudo de noche encenderé una canción final de pupilas abiertas, al visitarme la muerte. Dejaré este tiempo empedrado de horas difuntas, al atravesar mis pisadas el camino de la luna, cuando sobre la ciudad lloren los niños, cuando se congele el cauce del agua. Hoy quiero saber qué esconde el cielo al otro lado del mar.

Pájaros del alba recorren las esquinas de la noche. Queda solo el mar para poder transitar el día. Arrojado al abandono, busco una playa para las rodillas. Entre surcos de espumas, plantaré a tiempo el sol, para ver crecer rosas y caracolas. Tengo aún esperanzas en los ojos después de tanta noche. Pintaré sobre un barco mi arco iris y guitarras dejaré sobre la brisa.

Las alas de la noche peinan el cielo. Sigue su eterno rumbo el mar. Miro estrellas conocidas a este lado de la ciudad. Entre una y otra orilla queda el tiempo de una vida, y sin saber por qué... lloramos. En el rumbo de los ojos dejan esperanzas las gaviotas. Las horas están quietas sobre sandalias de niebla. Se estrella lento el silencio contra el sueño y las paredes, en el torbellino de deseos, en pétalos blancos. Escribo atado al grito de todo lo que

calla, en la poca luz que queda a mis candiles. Dame, Dios, otro mar de ida y vuelta para descubrir playas azules, más allá de mis orillas.

Te siento en esta soledad de noche, en este frío de hombros desnudos. Mis palabras tejen deseos en tus ojos y en tus senos. Y otra vez soñando a que me encuentro despierto. Cierro los párpados. Surge una canción. Nace la brisa. Dame esa orilla en tu viaje, para que sea tuyo y nuestro, en las luces de la tarde, junto al heno, lejos de la ciudad.

Estoy en silencio, en el quicio del aire, subido a este malecón de piedra y sal en el que me encuentro vacío. Silencio... Silencio encadenado a la quietud de la tarde. Paraísos de semillas y perfumes. Una hoja, un rumor, un beso, el aire del centeno, un reloj. Tú, yo, el mar, el mundo tan grande y tan pequeño en un pañuelo.

Ahonda en mi arena tu playa. Nuestras comarcas de soles, buscan compartir rastros, mientras la vida se nos troncha en las manos. Quedarán las sombras, la voz de la mirada, los besos y aquel perfume que se deshoja en un naufragio de nenúfares. Tarde de naranjas... y lentos, los recuerdos, mueren en el pulso del mar y de las noches.

Hemos amasado la muerte de las mimosas en el envés de los espejos. Una isla grita silencios, parada en medio del mar. Ya no fluyen primaveras por tus diques, ni mis brazos circundan las tardes. Se desangra el ocaso en el tiempo de preguntas, mientras ladran los perros en el alma de la noche. Descalzo tengo el corazón de sentimientos. Voy sin rumbo por las playas. Y un hombre solo soy.

He apresado la luz en el azogue de un espejo. Sol de ilusiones viven mis paredes, mientras gira el mundo. Ya no hay trigales verdes. Mayo ha muerto para siempre. La oscuridad sacude las ciudades y lloro sobre los vidrios rotos.

Doblega la lluvia la hierba y golpea el viento mis postigos. Vivo una crucifixión sin nombre, en los amargos escombros de la tierra. Se apagó el azul clamor de las peonías y el gastado sonido del mar. Ya no te sueño, ni te busco en tu tiempo de sentimientos amarillos.

No tengo labios que me rocen, ni fraguas para hacer sonidos. Tus rosas quedaron marchitas en papel de celofanes. La piel desgastada tengo de tu nombre, y el mundo se ha parado esta mañana. No quedan hoy perfumes en la hondura amarga de los naufragios. Aquellas horas de lilas las suicidó tu voz de madrugada. A cualquier parte que miro están talados los árboles. Corre la niebla por tus ojos en el tiempo de primaveras. El río, amarillo de chopos,

interpela mis verdades. Ya no hay sendas para vivir juntos. El tiempo de ayer jamás retorna.

Una hoguera solitaria he encendido con las flores. Quiero un suicidio para vivir. En las cortezas murió tu nombre. No es destino la esperanza. Pies descalzos sobre la hierba. Asciende la tarde. No queda nadie en el lugar de la memoria. El grito de la noche llega. Desnudo de ti estoy.

Crisantemos ácidos arden en tus labios de betunes. Me has sacado para siempre de la ruta de la luna, uniendo el fuego a mis maderas. Interminables, se prolongan tus palabras en la voz de mi memoria. ¿A qué tronco arriba el corazón para escuchar en otoño otro latido? Mañana, flores azules adornarán los cementerios.

Vivo la vida sin pensar, hasta la orilla del mar. Quedan espigas para los atajos de la noche. En mis paredes resbalan maldiciones. Habito una hoguera de musgos en la soledad de los cántaros rotos.

Pasa el agua bajo el puente arrastrando lilas y rosales. Mis gestos están mudos en los goznes de un espejo. La vida se alarga y se pudre en los troncos de los chopos. A pedazos la niebla, corroe las pulpas de las ramas. Disuelve el agua la vida en los pedernales del tiempo. Y nos vamos quedando solos en el silencio de las lunas.

A pedradas rompiste toda mi cartografía. Hoy vivo en las calles mojadas, transitando los días de lluvia. Segada la esperanza, me acucillo en el pozo de los sueños. Contra el invierno me empuja la soledad de los helechos. Y jamás regresarán aquellas palomas del alba.

Una franja de tierra roja recorre la voz de una campana. Atraviesa una cigüeña a ritmos lentos el cielo. Nadie está en la calle, la soledad transita los parques. Aquí tengo la vida atada al deseo del mar. Remonto el río de la sangre para recordar palabras de ayer. Crecieron los pinos demasiado, y en el suelo ya no hay hierba. Descalzo, voy hacia otra noche, sobre la soledad de mis paredes.

He llegado a esta playa de tortugas donde se esconden los huevos de la muerte. Mis pies arrastran las raíces de un tiempo hecho de arenas. En el corazón de cálices de invierno he vaciado mis días. No quedan ya esperanzas en la flor de los manzanos. Lágrimas son las pupilas, en el silencio de la playa.

“Con el alma en pie” camino hasta la línea de otros días, en el rumbo de sentimientos que gritan espigas. Laten guitarras al fondo de una pena. Callas el

tiempo encadenado a las hebillas del humo. El último ángelus resbala sobre tus hombros... lloras todo aquello que se va, las frutas que besaste, las golondrinas de la niñez, los girasoles de las miradas. Y en una playa olvidada de mañanas, queda el corazón de rodillas, sobre las rutas azules del mar.

Me llega la túnica del tiempo. Rózame los ojos de lilas blancas hasta la servidumbre de las rodillas. Pon una piedra como marca en mi sendero, mientras abrazo la soledad del mar. Hoy tropiezo contigo y con la luz en una playa sin caminos. Mi casa de adobes persigue a la lluvia. Tus manos y las mías acarician un reloj que ya no anda. Hasta los bordes del huerto van los pasos y está quieta la tierra a la sombra de las moreras. Esperan las pupilas otro barco, pasajeras del último viaje, mientras nos derrota el tiempo de soles en el traje de las arrugas.

Enderezo la espalda sobre el tiempo y siento la nostalgia en mi niñez Me pongo a caminar hacia los días y la noche está ahí como verdugo. Los adobes se caen de mis paredes y no sé que hacer en las horas de la luz. Avanza de recuerdos la mañana y el sabor de tus lilas. Detenido en las piedras miro al mar y el tiempo que vivieron las gaviotas. Sólo sé caminar por mis noches en el amargo dolor de los espejos.

Abrazo las sombras hasta la quietud de la tarde. ¿Para qué quiero caminar en la luz de los días? ¿Qué hacer ahora con la falta de esperanza? ¿Qué trayectoria seguir con la ternura que se hace agua en nuestras manos? Tus ojos no cesan de besos tras las cortinas de la noche. Toda la lluvia descende en mitad de los adobes. Tropiezo tu recuerdo en mis gritos, en los ecos del silencio. El gozo de la infancia es ahora grano de trigo acunado entre tus manos. Y me miras en los ecos del silencio y te siento en el confín de la tarde, en el incendio de las mimosas.

Cae el agua mansa en el caño de la fuente. Se desparrama el tiempo por los pinos. El mar está lejos, más allá del vuelo de las gaviotas. Estreno tus labios en los sueños, en una playa vestida de infancia. Tuve que esperar el regreso del cielo y del amanecer. Entre tus manos me hablan las margaritas

Y soñamos juntos en los pliegues de las tardes. Trazamos poemas blancos en el roce de los labios, y bebimos el agua de la vida en cálices de ternura. A tientas alcanzamos la orilla y el rumor del mar nos abrazó de espumas. Se detuvo el tiempo en las horas para el recuerdo. En tu terraza de geranios vivo.

He caminado sobre el tiempo. Ahora, en el instante detenido, sólo tengo espigas y amarillos recuerdos de nube. Caminé por mil esquinas y soñé tus ojos en otras estaciones. He llegado hasta ti de día, atravesando el luto de las

noches. Déjame quedarme con tus frutas, con las manos y tu pelo, déjame decirte que estoy vivo y que tu sólo eres mi mundo.

Retomo las horas del día en el mismo hilván donde ayer lo dejé. Abro la mochila de sombras para hallar la noche en mis arenas. Luego, suceden las cosas de la vida y de mis sueños. Crece la hierba en el silencio de los juncos, mientras la gente va por el camino. Al final de los álamos se amontonan las cenizas de todos los poemas. En silencio voy hasta el cauce del fuego, en los pasos cansados de la ruta.

Abrigo la ternura en la verdad de las palabras, mientras tú duermes en las voces azules de la noche. Escribo mis poemas en los códigos de tus ojos. Llegan los pájaros de madrugada, en las nieblas del alba. Largas horas sobre los mapas, en el tiempo de versos maduros. Y tú cómo mujer desnuda oradas mi noche del alma con rumor de pies descalzos. No me dejes con las cosechas de agua, en mitad del frío, en esta madrugada de otoños azules.

Con silencios miro al mundo esta mañana de rosas que se abren. En el corazón habitan las arenas y las alas de los pájaros del alba... Recorrimos el tiempo de ayer en el alma de los besos. En todas las palabras repetidas, tú y yo, amamos las moras de la infancia.

Sobre las escaleras de la noche vivo. Ven conmigo a tender tu cuerpo en el trébol. Tus manos me poseen de espejos. Viaja al cuenco de mis silencios, en el corazón de los pájaros que emigran. Es noche sin lunas. Cuando tiemblan campanas, la soledad resbala en los hombros, sobre el tiempo del mundo interminable.

Noche de fiesta en mitad de los naranjos. Baja la marea en el perfume de la rosas. Se sucede el poema situándose al final de la palabra. Un sueño se enreda en tus cabellos buscando abrazos y besos. El silencio se hace universo de amor en el precio del destino. Cara a cara bailamos, los pies descalzos sobre la hierba verde. Pon mis manos en tus manos y vivamos los recuerdos en este cielo de miradas. Aún nos quedan besos, sentimientos y silencios para las alas de la noche.

En las tristezas de tu playa y en mis nostalgias me refugio. Nuestra comarca de soles busca compartir rastros, mientras la vida se nos troncha en las manos. Queda en las sombras, la voz y el perfume que se deshoja en los naufragios del mar. Las tardes de naranjas se van tras los pinos, y lentos, los recuerdos, mueren en el pulso de la noche.

El musgo. Delante los espejos, la soledad como piedra dura en el camino. Almendras amargas. Viaje de viento. Ladra un perro en mitad de la calle. En la

orilla de la nada se acurrucan sentimientos. El tiempo, en el centro azul de los cardos, es semilla estéril si no llegas. Una marca en el cristal del vaso es tu recuerdo y una puerta que se cierra de latidos.

Ahonda en mi playa de arena tu sentimiento. Quédate como recuerdo del mar. Quizás mañana no te quiera nadie a la alba, ni en las olas que agonizan. Todo se gastará de espuma, hasta ser desierto sólo, en cualquier lugar del mundo. Quédate conmigo en la ruta de los charcos, en el dolor del mar, en el centro de mis cicatrices en la soledad sin nombre de mis versos amargos.

Mar contumaz, impertérito. Imperfecto movimiento eterno del agua. No me queda nada en tierra. Quiero en ti morir desnudo, abiertos los brazos en el perfil de la luna. Sobre las alas de la noche viaja el agua rutas interminables. A la sombra me quedo de los árboles, con la vida mojada de preguntas, llorando cenizas todas las noches azules.

Aquellos girasoles. El agua del río. Tus labios y los pinos. Las ojeras, tus pendientes. Aquel collar de sueños sobre tu nuca desnuda... y tu niñez dormida en las sonrisas. Aún me tocan tus manos de lluvia y me persigue el rumor de los besos. Contigo hoy, el agua de mar busca otras guitarras. Canciones de sol para la tarde. Arricángeles de cielo y esquilas en las tierras. Y tu mirada siempre mía, sobre los rastros de amarillos.

Anochece en la playa. He recorrido las sendas de piedra para llegar aquí. Trepan emociones de sal por mis cicatrices. La bruma se abre contra el faro, dejando empapada la piel. Se hunde el silencio dentro, desenterrando mil preguntas. Los pensamientos viajan a tientas, de dolor en dolor. Nadie escucha esta soledad de niebla en estaciones sin trenes. La oscuridad está llena de vacíos. Silencios que besan. Caminar desnudo. Lloro una campana. Aquí estoy bajo el cielo, sentado en una piedra, en este malecón abandonado.

Atrapar el tiempo del viaje en las letras escritas. Sembrar palabras cuando se acuesta el sol. Ir, venir, sentir, quedarte, rozar terciopelos, atrapar mariposas, vivir el mundo con pies descalzos. Sólo importa, al alba, comenzar el día desde el agua limpia en las pisadas, desde el llanto que anoche dejó la lluvia en los claveles...

Hoy el mar es de mercurio. Musita apenas la espuma a las arenas. Una gaviota agujerear el agua y se crean mil círculos concéntricos. Vuelve la piel del mar a la quietud, esperando que nade el sol, y una campana acaricie una canción de aire. Se abre el día en una crucifixión roja de verano, y yo ahí, de regreso cada año al mismo malecón gastado. Respiro el mar en este horizonte sin ventanas, y en esta mañana de contraluces azules que se abren.

Un océano, un mar, una luz, una cubierta, un barco en mitad de la niebla. Se han manchado de noche las estrellas. Poco a poco, se hunden los pies en el tiempo de la vejez. Sobre la playa, gaviotas ciegas y una nave a la deriva. El frío asciende por las argollas de una cadena. Fermentan recuerdos las galerías de la memoria. El dios del tiempo inunda de sales el ayer. Bebo lluvia de lágrimas. Sólo queda una ruta estéril para la senda de los pies. El territorio conocido son las tablas de este barco. Transitan nostalgias camarotes de soledad. Estoy aquí, como marino ciego, aguardando el último latido. Viajero en esta singladura de medusas, aguardo la muerte sobre la noche del mar.

Sigo el curso del humo. Los ojos lloran el tiempo perdido. Se abre una soledad verde de hojas fermentadas. Ahí tanto silencio dentro que nos crece la muerte con la lluvia. Crucificamos los días leyendo poemas amargos, cuyo eco devuelven tinajas vacías. El agua anuncia la putrefacción de los floreros. Grita el sol la sombra a las palmeras. Todo continúa en la piel del mar. Estoy solo en mitad de la vida y de la hierba. Señor, dame un puerto, una isla y otra historia en las bielas de este mar.

Nave a la deriva. Noche sin estrellas en las manos. Una canción hacia la nada. Encadeno palabras a poemas solitarios buscando atardeceres amarillos. En la brújula de la soledad pongo norte a los recuerdos. Permanezco atornillado a todo lo que soy. El tiempo empiedra con oleajes de adiós todo lo que fuimos. Buscaremos un país por encima de los gritos y del viento. Las anclas nos han desgarrando la piel dejando cicatrices. Somos linde deslizante en la frontera del mar. Atrás quedan huellas en la arena que jamás podrán ser ya vividas.

Mide un rosario el silencio de una estrella. Tengo llenó el frutero de naranjas y los ojos del tiempo de niñez. Me sabe la tarde a mar, a infancia, a tinta, a goma de borrar. Allí están los anillos, las ceras, las chapas, y una colección de esperanzas. El álbum de cromos completado por las manos de una madre. Tardes largas de junio en los caminos de castillos, en el esplendor del trébol y los nidos. Viajan en los ojos amapolas y el color de las espigas. Las tardes de siesta. Aquel verano, los perfumes del domingo. Ropa blanca, olor a heno. Una plaza abierta a las risas de niño y al vuelo de arricángeles negros. Cántaros de agua. Por la senda de los membrillos, se escapa la infancia plagada de besos de chocolate.

En la lentitud de un caracol, sobre la palma de las manos queda el tiempo vivido. Se fue el ayer, estoy aquí, en las horas sólo de ir muriendo.

Todo es igual cada verano, el ciclo de la vida y las gaviotas, las horas de chicharras. Huele a mimosas la calle y a mar la playa de palmeras. El periódico, los churros, la espera. En la feria está la tómbola, los caballitos, las casetas. Anda ya julio buscando el calor de los almuerzos, las grietas dolientes,

las miradas en el reparador silencio de las siestas. Las hormigas, los libros, las macetas... las frutas, las tardes y el mar...

Un teso, una pradera, los juncos, unas comba verde. El lago en calma, la caída de la tarde. Los pies en las dunas, el camino. Traza el agua una acequia en laberintos de girasoles. Bandera de círculos y peñascales, gozo del tiempo donde los frutos habitan. Sabe el aire a polen. Arden mariposas amarillas. Escribo y escribo sentimientos en mitad de la hierba. Y sobre el suelo de baldosas de ajedrez, un búcaro de hortensias frescas, y en la mesa las galletas y una taza de café.

Bajo la caricia de la calma, el sol camina a su ocaso. Estoy subido al malecón de cemento, al edificio azul de las gaviotas. Trasiegan los pólenes de la tarde sabores a sales y a mar. Nace el humo de un barco lejano en la edad del tiempo de quincallas. La memoria dicta la ruta de los peces condenados a muerte. El mapa celeste se tiñe de recuerdos y quedan sólo rosas ajadas sobre la brújula. Crea un paisaje horizontal el agua para corazones y bitácoras. Se abren agujeros negros en la noche cuando se ausentan las gaviotas. En los suburbios de los ojos queda tu recuerdo envuelto en celofanes de ternura.

Heredamos flores que con el tiempo se marchitan. Pronunciamos el eco de otras voces mientras la vida nos traza un camino en los ojos. Las piedras se destruyen a diario en el crisol del tiempo, en el pulso último de las medusas. Las sombras se enredan en la extinta luz de nuestras teas. Alaridos de noche transitan la ciudad de parte a parte. Acorralados de ceguera, morimos al borde del cemento, mientras los árboles se queman de noche.

Cierran los ojos las hojas en el envés de las estrellas. Néctares de cerezas ponen alfabetos nuevos a las canciones del mar. Aquí estoy, en pie aún sobre la vida, mientras las monedas excavan a diario orificios en la carne de las manos. Esta noche queda miedo sin orillas en el vuelo de los murciélagos. Arenas. Sirenas de barcos que parten. Soledad tras mi ventana. Sin ladridos mueren ya los perros sobre dunas, al otro lado de la ciudad. Enmarca el tiempo un día de derrota. Al filo de la tensión de una arco vivo. Y cada tarde de verano, en la desnudez de los pies descalzos muero.

En los signos de las horas, en almanaques apilada, dejamos la luz de las pupilas. Un sueño, un vestigio de sombras nos acompaña contra la noche los días de suerte. Llegla la muerte enajenando el trabajo, y todo el tiempo de ayer parece inútil. Queda el rumor del mar a solas y aquel canto de eterna noria, y las alondras.

Buscamos en la vida el amor de una caricia, la verdad de los eucaliptos. Soporta el azar nuestras mentiras mientras flirteamos con la luz y el misterio de las magnolias. En las paredes prendimos deseos los días de primavera. Pasa

el mar sobre las vírgenes, y comienzan a tocar a muerto las campanas. Se desvanecen las palabras antiguas en la excavada fosa de los libros amarillos.

Aquella muralla, nuestro viaje sin maletas, hacia el fondo de la tarde... Quedó atrás el sentimiento, en el perfume de las flores. Grabamos con urgencia signos y palabras en las ruedas de los molinos. Se terminó el calor de la tierra y el aroma de las cortezas. En el luto de la ciudad nos suicidamos, de bruces sobre la espuma del mar.

En las cañas de la orilla dejé aquellas canciones de infancia. Han pasado sobre el trigo los veranos y sobre el corazón los sentimientos. Veo la orografía de mi historia sitiada, el galeón del viaje partido. Tengo una plegaria de luz extinta para las noches azules. En mitad del mar estoy, en busca de una bahía.

Acurrucamos junto a un áncora aquellos sueños de ayer. El nombre queda desnudo en la piedra. El mar nos moja. Tengo en los labios todas las palabras de la sed. El corazón viaja solitario en los bajíos, buscando otras aceras. Entre las sombras escondo el rostro, mientras hago una ruta cansada. Las tardes queman los ojos de hormigueros, y ya no quedan islas sobre el camino del mar.

Las tardes tienen simetrías de ilusiones perdidas. El búcaro, el silencio, la marea, las frutas... luego, el pensamiento se disuelve en el sueño de la siesta. En las cisternas del ayer agolpamos el tiempo pasado. Queda en la memoria el recuerdo de palabras, y todo el silencio del mar que nos entierra los ojos.

Este viaje sangra ausencia de golondrinas. De rodillas estoy sobre la arena, en la pertinaz espera de un navío. La piel azulada de los pies, habla de la muerte del mes de abril. Ya no quedan acuarelas de noria, ni puentes para la infancia. Aquellas monedas que había se perdieron en el agua. No sé descifrar la canción del cielo, esas noche sin luz y sin estrellas.

Convoco a los ojos para afrontar las luces del día. Borracho de nardos y sólo, me adentro en el dormitorio del mar. Los surcos del agua conducen hacia el confín del sol, hacia la plenitud de los cuatro puntos cardinales. En los labios, la sal, y el recuerdo de las caricias abiertas. La ternura del mundo sobre los brazos en cruz y las gaviotas, habitando el confín de la tarde.

Campanas fósiles tocan silencios de muerte por los que ya partieron. En el reino de la vida maduran las espigas de la última cosecha. Un lazo de lunas. Comprenderás las nieblas del mar. Se acurrucan esta noche las estrellas en un sembrado de plomo. Jarrón de rosas de papel. En el reino de la senectud aguardan enigmas acunados.

Óleo y aguarrás es lo que queda sobre el lienzo de mis pinturas. Todas las ruinas son de color negro en el corazón de los fósiles. Balizo mi camino de recuerdos de infancia, aunque sé que no hay regreso. Sello las palabras en las tintas de páginas amarillas. Suspiro nombres que ya no me pertenecen. A la puerta de la aurora estoy de centinela, mientras los relámpagos profanan este día de lluvia. En moreras mojadas prendo suspiros, mientras me ignora el cielo y el tiempo de las mareas.

Siento dentro los besos del mar, los espejos bruñidos de agua y soles. Emigran los pájaros de la ciudad hacia otros alquitranes. Derriba la muerte un vaso de ginebra. En el subsuelo del alma resbala la tristeza de todos los otoños. Un río de niebla corre hacia el mar, sin posibilidad de cobijo. Las flores, esta tarde, guardan perfumes de silencio. En la dársena, varado, permanece un barco entre las brumas y los sueños.

Las palabras, pasan como las nubes, levantando dentro primaveras dormidas y tormentas. Tengo caligrafías de invierno y escribo sólo textos en la piel de los árboles. Están mojadas las calles y las uvas de las vides. Camino uncido a túneles de noria, escarbando la vida con las manos. En llanuras muertas de sal y besos, he dejado mis pasos. Entierro las horas de ojos húmedos en la tierra enferma. Los rosales se han secado en la ventana y en los párpados... aquellos amaneceres amarillos de abril.

Los brazos abiertos, y el agua en los cuatro puntos cardinales. Quedan pétalos albas en las pinturas. El tiempo de los leños no ha llegado a la piel de fiebre que hoy me viste. En el cepo de la vida mueren las palomas y también aquellas azucenas del verano. Déjame un calendario nuevo para la vida, donde borrar los días de lluvia, las noches sin ventanales azules, las plegarias de noria. Ponme otra vez, una melodía de sueños en el cuenco de las manos.

Puede más la vida que la muerte a estas horas todavía. Un perro ciego se ha parado en mitad de la calle. En las tablas un silencio torpe de puntas, dentro callan las voces. Pinto la vida con carbones negros. . El alma se desliza por la tarde en la luz agónica del mar. Existo en un país extraño donde la ceguera impide al hombre ver la luz del cielo.

Caigo desde los sueños a la vida, a la cruda realidad de mis paredes. Ruedo con las piedras por el lodo y los musgos. Soy sombra sin historia en las ciudades, graffitti en un muro de metal. ¿Quién grita ya la verdad de las palabras? Mi piedra está detenida en mitad del lecho del río. Esta mañana, el frío convoca ya al otoño. Nadie reclama mis manos para rozar la piel de otros labios.

Tú y yo, bajo el ciclo de la noche. La sed de estrellas. Noviembre entre los chopos. El hambre de ti. Nuestros sueños todos en el cáliz de la hierba.

Está vacío el mar de tiempos azules y gaviotas. Por los surcos de la vida se marcharon aquellas palomas. En los pozos del alba se aquieta la oscuridad de la noche. Los girasoles, lloran desesperanzas al borde de los caminos. Mientras fluye el agua, caen las frutas en silencio y se avanza por los sueños, sumando todos los vacíos. Después, retornamos a los pozos de mármol, a la luz dolida del mar, a la soledad última de las hojas, al silencio de las palabras.

Camino a solas, flanqueado de espejos y norias. Al doblar el último recodo, vuelvo atrás para recopilar las noches, los días vivido sin sol, al margen de la infancia. Los girasoles lloran desesperanzas más allá de la muerte. Torna el tiempo del humo a los ojos, las estaciones sin trenes, la lluvia en los cristales de la memoria. Borró la niebla otros caminos y no hay señales ni pisadas. Tan sólo quedan los andenes. Y nada, absolutamente nada, al otro lado del espejo.

Con todo el sol de octubre en la ventana miró al cielo, dobladas las rodillas en el trébol. Me sobrecoge la tarde que avanza, que me llega en la tormenta, en el olvido amargo de los besos. Crepitan llamas azules de roble y asciende el frío en los senderos, llegando la noche hasta mis ascuas. Camino hacia otro amanecer sin luceros, hacia otra noche de ausencias.

Aquella mañana de San Juan, las rosas de carmín, tu falda blanca. Cerezas sobre tu túnica y toda la primavera detenida en los ojos. Aguardo que fluya el tiempo hacia las mieses, que los días crucen los solsticios, que pase el tiempo del humo, que grite otra mañana de San Juan.

Ya no tiene la piedra aquellos signos: las marcas pobladas de pájaros, la memoria de los pueblos, la puesta del sol a la orilla del agua. Ahonda la memoria el zumo de las ganadas, el valle de los sueños, el silencio de los pájaros. Ocupa hoy el corazón el mar y la soledad viaja prisionera en el fondo de los bolsillos.

Gira el humo. Rompe el día. Hay un tiempo detenido en las pupilas de los ojos. Estoy atrapado en espejismos de mar, en las cuarteadas cicatrices del desván de la memoria. Dentro estallan silencios, mientras se resienten las maderas con oscuridades de ayer. La vida sabe a otoño esta mañana, a lluvia de calles mojadas, a soledad desnuda.

Sobre la noche vivo. A ciegas, busco otras manos, acompañando los gritos con el tiempo de campanas. Se izan recuerdos lentos a los estanques de las memorias. Cruzan la madrugada las gaviotas. Habito esta esquina vacía en la punta de la vida. Sentado sobre las piedras, aguardo el tiempo de la tarde. Solo, sin ti, sin la trayectoria de los besos en la frente.

Quiero escribir tu nombre en la arena para siempre, y en las quillas del mar para que el agua no borre los signos. Extiendo palabras de beso al viento para no alargar mis gritos. Pisadas sobre la vida. Espuma del mar. Corazón cansado. A la deriva quedan blancos cálices de caracolas. Pego versos y semillas sobre hojas de papel, mientras llega la noche a los caminos. Con la última lluvia murió la sombra de aquellos abedules.

Nada queda del otro lado del espejo. Todas las palabras lloran olvidos en arenas de desierto. Se agranda en las manos el eco de las campanas. En tinajas de tiempo quedan fragmentados los recuerdos. Crece el musgo y la hierba sobre paredes de cemento. La calle se hace cauce de todos los abandonos. Al final se muere a la orilla, de bruces, sobre el corazón del mar.

Luces de amanecer golpean mi puerta. Se venden plegarias blancas para anunciar el alba. Crece una arco iris de acuarelas en los ojos. Tu tatuaje de besos es mi escapulario. El silencio se acerca para llamarme. Desde el interior tú me susurras ternuras. Habito en el valle de tu vientre mientras pasa el verano. Lentos, los trenes del amanecer, me acercan a ti.

Te he buscado en mi peregrinar de lunas blancas, en la pasión de los claveles, en las noches de vino y madreselvas. Y no estabas en el andén. Se va el tiempo, se va la vida con el agua del musgo y los helechos. Queda sólo el mundo, el ayer marchito sobre el tacto frío de las huellas.

A jazmines sabe la mañana y a alegría de campanario. Vuela mi noche a tus raíces para encontrar olvidos. Queda aún en la memoria el roce de tus labios para seguir viviendo. Asido estoy a ti desde este mi rincón de sombra y fuego. Sólo tengo vida para volver. Déjame un regreso blanco junto al vuelo de palomas.

Pasa un barco. Se hace espejo el mar. Un ancla asciende al alma, con el recuerdo de tus ojos. Roza el tiempo los labios y crecen espigas en tu vientre. En tus muslos arde fuego y palpitan todas las hambres. Quedan solas palabras de ternura acumulada. Y todo el tiempo del mundo en tu piel para quererte.

Contigo se callan relojes en el tiempo de nuestra arena. A solas nos quedamos con los pinos en las laderas del aire. En abril se rozaron nuestras manos apenas en las alas de la noche. Y estamos solos sobre la hierba.

Soñamos juntos el cielo sobre la luz del trébol. Aguardamos madrugadas en los ojos saboreando ternuras. Queda el tiempo fijado a tu pelo, y al amor de los besos largos. Acompasan el pulso de tus senos palabras envueltas en el celofán de perfumes y caricias.

Sobre tu luna siembra la noche silencios. A solas estoy, en el confín de este malecón. Un hormiguero de sueños persigue mis noches de agosto. Me llegan los perfumes de las islas, las preguntas como aldabas, el viento de jazmines... y el agua, sin quererlo, pudre el tiempo de las algas.

Atraviesa una estrella la noche. En la punta de un lucero, para ti, cuelgo un poema sin palabras. Llegas en silencio de pies descalzos, como recuerdo a mis orillas. Te beso. Atravieso texturas de arena para saberte, para llenar tus manos de tomillos y gladiolos.

Un árbol. Una sombra. Un recuerdo. Los pinos. El mar. Aquella escalera de sol hacia tus labios. La ternura viajera en las mariposas. Tu escondite. Los peines del viento. Los dos en el espejo. Las manos que buscan. Los abrazos, los besos de terciopelo sobre la piel desnuda.

Huele a lluvia de madrugada, al silencio del alba en los cristales. Regresa el día cuando cruzan las gaviotas la ciudad. Sobre las sábanas, tu y yo, aún contamos estrellas.

Me nace entre las manos la página última de un poema. Tengo un río de piedras en la sangre. Lejos están tus labios mientras rueda la noche. Van y vienen los murciélagos en el silencio de mis gritos. Fluye una canción sin nombre que desparrama melancolías. Y tú no estás. Y yo tan lejos, y el mar tan dentro.

Se abre la noche de lunas azules. Ladra un perro en una esquina. Ese viento de abril. Nadie está en la calle. Sobre tu nombre dibujo un beso mientras las horas peregrinar hacia el alba.

Nace la hiedra sobre el silencio del humo. Dibujo tu cuerpo desnudo en las alas del sueño. Un saxo persigue la derrota en un vaso de vodka. Tengo el tiempo metido hasta los bordes, en los ojos de la muerte. Llegan las horas de las nubes en los helechos tronchados de otoño.

Nos convoca la voz de los árboles en la tierra húmeda de otoños. Necesitamos una caricia para morir sobre el vientre de la noche. Quema lentamente dentro el fuego de una lámpara de aceite, mientras eternamente miramos al cielo. Enloquecido busco la luz de tu mirada para sentir las manos llenas, para los dos vivir juntos las últimas tardes del verano.

Cuando salgo de los sueños me encuentro en medio de la noche. Parto hasta el confín de la ruta donde grita el pensamiento. En las bahías del alba quiero abrazar tu cintura, besar tu pelo mientras crece la hiedra, mientras nacen violetas nuevas.

En la playa de tus ojos dejo mis poemas y pisadas. De tus ínsulas y marismas fluye agua de perfumes. Tu sonrisa viaja eterna en mis sueños, en el incesante vuelo de palomas y gaviotas.

Ábreme tus abetos, tus puertas y ventanas. Bajo la efímera luna recorreré de besos tu cuerpo junto a las playas y espuma. En tus labios quedan margaritas y las noches azules del mar.

La cimitarra del alba abre las puertas de tus ojos. Un manantial de gladiolos amontona la brisa del mar. Mañana, dóname la soledad de tus manos, para ser los dos arroyo de sentimientos fugitivos. Sobre las arenas del mundo quedarán nuestras pisadas.

Abrazado al mar, a tu vientre y a la noche, quiero morir en la llanura de las brisas. Sálvame de los naufragios del frío. Estréchame contra los márgenes donde retienen la ternura tus nenúfares. Deja crecer sentimientos al borde de tus lindes. Dame una noche para dormir contigo a solas y quemar nuestras lumbres de deseos.

Siguen floreciendo en el suelo, aquellos árboles caídos. Altas, estrellas claras tienden túneles a los sueños. Saber y tiempo quedan a la espalda del silencio. Ascende una enredadera de hiedra por la hojarasca del insomnio. Un campanario convoca al alba en el espejo de las sombras. Llega la niebla lenta a los cristales. Ya no hay playas nuevas, ni islas en los ojos, y la nada esta tras los días grises.

Un panteón de cardos amarillos se abre junto a los trigos de mayo. Está vieja la tierra, llena de frutas amargas. A la derecha, está la orilla de la nada. Guijarros estériles delimitan los caminos, mientras relojes de piedra marcan las horas del universo. Hacia la madurez del tiempo caminamos en la urdimbre solitaria de la penumbra con los pies descalzos.

Mientras te busco tengo cerrados los postigos a la luz. Desde los ojos entornados te recuerdo. Tu camisa malva se hace tobogán en tus senos las tardes de junio. Y aquellos pinos al otro lado de la ciudad... y las golondrinas,

los besos junto a los búcaros del agua, los escombros en las arcadas de la tarde... y el azul del cielo metido justo en mitad de tu cuerpo. Desde todas las hambres que gesta el mundo, te recuerdo, y te busco en el tiempo, en las rosas cárdenas de noviembre.

Tú y yo. Silencios largos. Una vela contra la muerte, sobre la orilla de la nada. Amontono el tiempo malgastado, en las frutas que cubre la hojarasca. Abajo se vienen las paredes de adobe. Ya no quedan perfumes de jazmín en el dintel de la memoria.

Una acuarela de rosas negras pinta tus párpados de madrugada. Aráندانos y fresas disfrazan tus labios. Eres una tentación abrazada a mi destino. Nuestra senda quema al sol las cicatrices, las primaveras que no retornan. Beso tu herida abierta, tu piel tatuada por la vida de señales. Mañana te elijo en la llanura para quererte con un broche de besos. Quieto está el mundo, a estas horas de manos entrelazadas. Cierra los ojos. Deja que a los dos nos rocen los silencios.

De romero espliegos y tomillos será nuestro traje cuando nos reunamos más allá del valle, pasado el río. Estoy aún contra la noche esperando la luz sobre el musgo, la disolución del agua para ser arena. Dinamitaré la espuma del mar para ser campanario en fiestas y habitaré de frutos en tus besos y sonrisas. Una tienda plantaré a tu lado para que mi sueño sea tu sueño en azucenas de niño.

Tengo tu nombre desgastado de besos, de tantas primaveras rozando tu piel. Te aprendí un día a la sombra de los pinos, aquella tarde nuestra. En los ojos llevo el camino de la luna y el sabor del pan reciente. Ha crecido más la hierba y se han borrado los mapas de infancia. En el cuenco de las manos abrigo las preguntas, mientras pasa el tiempo de lluvia. ¿En qué orilla descansará nuestro pulso cuando descalzos de sueños miremos al sol?

Cierro los ojos y te acuno en el tiempo de mi noche. Quisiera habitar el gozo de una palabra interminable, de un beso eterno sobre tu piel desnuda. Tengo latidos hondos y esperanzas puestas en el mar. Contra este invierno de lluvia amontono rosas y manzanas amarillas, la tarde de pinos... y el silencio del mar.

Un sueño de invierno me ha dejado en el fondo del pozo. Siento la nada del mundo en la muerte de los colores. No sé qué hacer con la oscuridad. Ya no hay calles de pájaros del alba, ni luz para el horizonte. No acierto a salir de la noche y mojado estoy de sudor y lluvia.

En las escaleras del tiempo me he sentado. He retrocedido a la infancia y hoy estoy de luto. Encadenado al cielo para siempre, voy sobre el tiempo de la lluvia y las arenas. En el viento dejo las semillas para ver crecer los árboles y el trébol. Más allá del lindero de manzanos está el mar y ese cielo indiferente que me mira. En la estela de los ojos del niño de ayer, aun hay besos y vuelos de golondrinas.

Un arco iris abraza la ciudad. Y llueve en los mástiles del mar. Un cementerio de nubes de metal atraviesa el cielo. No quedan palmeras para un oasis. Castiga el otoño los ojos, dejando en el aire un país sin ilusiones. Y sólo tiritan inútiles banderas de frío mientras pasan las “aves nómadas del viento”.



CREDITOS

José Luis Moya Palacios nace en la Fuente de San Esteban (Salamanca).
Se inicia en la docencia como profesor en (Santander-Valladolid).
Cursa Psicología en la Universidad Pontificia (Salamanca). Licenciatura sobresaliente fin de carrera.
Dedicación apasionada al campo de la clínica infantil.

- Psicólogo Clínico. (Universidad Pontificia de Salamanca)
- Psicólogo del lenguaje (Escuela Superior de Psicología: Universidad Pontificia de Salamanca).
- Master en Psicología Sofrológica. (Andorra: Alfonso Caycedo).
- Psicólogo del Equipo de A.T. del Ministerio de Educación y Cultura.
- Profesor de E. Secundaria.
- Profesor A. Universidad de Salamanca (Dpto. de Psicología Básica, Psicobiología y Metodología de las Ciencias del Comportamiento).
- Hipnopsicoterapeuta.
- Miembro de la <<American Association of professional Hypnotherapists>>.

A lo largo de la geografía española ha impartido numerosos cursos de sus especialidades, tanto en entidades públicas como privadas.

Con más de 50 ponencias presentadas a diversos congresos de su especialidad. Más de 70 publicaciones inéditas en el campo de la clínica, la psicología y la informática: Revista: European Mac, Padres y Maestros, Anales Iberoamericanos de Foniatría, Patio Abierto, Anales Otorrinolaringológicos Iberoamericanos, Estudia Pedagógica, Siglo Cero, Amarú E., Comunidad Educativa, etc.

Desde la Editorial Anaya, ha publicado dos libros de psicología para alumnos y profesores de la LOGSE (2001). (Nueva reedición 2002).

Tras varios años de investigación, ha editado dos cassettes sobre <<Técnicas de Relajación Infantil>> (1993).

Posee publicados varios libros de poemas:

- "La noche de las lilas. Salamanca 2001
- "Al final del arco iris. Salamanca 2001

Igualmente ha publicado diversos poemas en formato CD

- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: nº 10: Las cuatro estaciones. Formato CD. Porfolio. 3,5 MB, Enero, Madrid, 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: nº 10: A mis hijos. Formato CD. Porfolio. 3,5 MB, Enero, Madrid, 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: nº 10: Desde el arco iris. Formato CD. Porfolio. 3,5 MB, Enero, Madrid, 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: nº 10: Desde lo profesional. Formato CD. Porfolio. 3,5 MB, Enero, Madrid, 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: nº 10: Reflexiones. Formato CD. Porfolio 25K, Enero, Madrid, 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: Bajo la luz del sol. nº 17. Septiembre: Formato CD. Porfolio. 9,3 MB de desarrollo, Madrid 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: Homenaje al viejo Plus nº 17. Septiembre: Formato CD. Porfolio. 16 MB de desarrollo, Madrid, 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: Recuerdos del ayer nº 17. Septiembre: Formato CD. Porfolio. 14,7 MB de desarrollo, Madrid 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: Cuando la flor se hace poema nº 19. Noviembre: Formato CD. Porfolio. 16,4 MB de desarrollo, Madrid 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: Nostalgia en el amanecer nº 19 Noviembre: Formato CD. Porfolio. 16,4 MB de desarrollo, Madrid 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: Ver, oír sentir y soñar nº 20 diciembre: Formato CD. Porfolio. 7,1 MB de desarrollo, Madrid, Marzo, 1977.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD Nº 22: Junio. Contraluces interiores: Formato CD. Porfolio. 5,1 MB de desarrollo, Madrid 1977.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD nº 22: Junio. Olor a tierra mojada.: Formato CD. Porfolio. 2,5 MB de desarrollo, Madrid 1977.

Miembro de la tertulia literaria "Papeles del Martes" donde también ha publicado de forma colectiva.

"Papeles del Martes: nº 26, Pág. 26 Salamanca. 2001.

"Papeles del Martes: nº 27 "Un poema nace" Pág. 8 Salamanca. 2001

"Papeles del Martes: nº 28 Pág. 34: Salamanca 2002.

"Papeles del Martes: nº 29 Pág. 12: Dos poemas a mi madre. Salamanca 2002

"Papeles del Martes: nº 30 Pág. 20: Ayer de Amanecida. Salamanca 2003

"Papeles del Martes: nº 31 Pág. 15: Sueños perdidos, Morir despacio, Paz. Salamanca 2003

Papeles del Martes: nº 32 Pág. 22: Dos poemas: Al Alba. Tarde. Salamanca 2004

OTRAS PUBLICACIONES:

Poesía: Grupo Álamo. "Plaza de San Esteban" Salamanca. 2002.

Revista Literaria: Luces y Sombras: Fundación María del Villar Nº 20, 2003: Los cuatro elementos. pag. 144.

Revista L´Aceña: Alba de Tormes, pueblos y comarcas: Sec. Páginas poéticas:
"Besos para el camino" Nº 12 Enero Marzo, 2003, Pág. 30-31.

PREMIOS

Primer premio en el Certamen internacional "Pluma de oro de Poesía 2001" con la obra <<Besos de Cristal para el Camino>>. Alcorcón. (Madrid) 2001.

Finalista en el certamen literario "X premio de poesía de Peñaranda de Bracamonte 2003"

Primer premio de Poesía del <<XIX Certamen internacional de Poesía "Gabriel y Galán 2004. Poemario: Remando hacia el corazón">>Guijo de Granadilla (Cáceres).

Premio segundo a la mejor colección de fotografía "La Gaceta", VII Rally Fotográfico de Alba de Tormes. Octubre 2004.

Desde la utopía, sueña... aunque pisa la tierra firme del presente.
Apasionado de la docencia. Cree en la educación como obra de vida.

Constante e incansable en el trabajo. Con voluntad de ser, siendo, mientras exista la esperanza.

EL corazón y la mente siempre en busca de proyectos y caminos nuevos por descubrir, mientras va en ruta hacia alguna parte.

En tanto llega la tarde en los cuatro puntos cardinales, y la madurez de las arrugas en la frente, la rosa de los vientos le impulsa al optimismo, a la esperanza de mejorar la vida, el mundo, los hombres, desde la insignificancia planetaria de sí mismo.

Su horizonte: la vida en plenitud.

JOSE LUIS MOYA PALACIOS

San Pablo 66-80 1 º C, Esc. 2

37008 Salamanca

Tel: 923-269665

Correo electrónico:

jl moyap@ono.com

jl moya@usal.es